







DISCURSO

SOBRE LA

INFLUENCIA DEL ESPÍRITU CRISTIANO

EN EL ÁNIMO

DE

CRISTÓBAL COLÓN

PARA LA REALIZACIÓN DE SU EMPRESA

PRONUNCIADO POR

D. FRANCISCO RUBIO CONTRERAS

Arcipreste de Sanlúcar de Barrameda

EN LA SESIÓN SEGUNDA

DEL CONGRESO CATÓLICO ESPAÑOL DE SEVILLA

EL DÍA 20 DE OCTUBRE DE 1892



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1893

DISCURSO
SOBRE LA
INFLUENCIA DEL ESPÍRITU CRISTIANO
EN EL ÁNIMO DE CRISTÓBAL COLÓN
PARA LA REALIZACIÓN DE SU EMPRESA

DISCURSO
SOBRE LA
INFLUENCIA DEL ESPÍRITU CRISTIANO
EN EL ÁNIMO
DE
CRISTÓBAL COLÓN

PARA LA REALIZACIÓN DE SU EMPRESA

PRONUNCIADO POR
D. FRANCISCO RUBIO CONTRERAS

Arcipreste de Sanlúcar de Barrameda

EN LA SESIÓN SEGUNDA

DEL CONGRESO CATÓLICO ESPAÑOL DE SEVILLA

EL DÍA 20 DE OCTUBRE DE 1892



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1893



Columbus noster est. Leo XIII
Ep. ad. Ep. H. A. et I.

Excmo. Señor:

Excmos. é Ilmos. Señores:

Señores:

CON extrañeza, si nó con actitud más severa aunque más justa, se escuchará resonar en los ámbitos de esta augusta Asamblea el eco rudo de una voz desconocida; extrañeza, que subirá de punto al observar que lo primero que lleva á vuestros oídos no es esa nota característica, obligada y ritual, que, rebozada con un velo de modestia, demanda indulgencia, benevolencia y perdón.

Una palabra sola bastará á explicar todo lo que en esto hay de extraño, y á desvanecer toda actitud de desaprobación ó censura. No estoy aquí por impulso propio; no he venido: se me trae; y de hallarme en este lugar elevado no hay otra razón ni otro derecho que aquel con que la arista, cuyo propio asiento y lugar es el polvo, se deja llevar por la ráfaga de viento, que, en virtud precisamente de su ningún valor y peso, la arrebató y la eleva.

Y estando aquí, ¿por qué no dejarme ver tal cual soy? ¿por qué ocultar la pajilla bajo un vestido de modestia, que alguno podrá creer propio, y alguno también podrá creer prestado?

En rehusar vestirlo, por otra parte, nada arriesgo sino el sacrificio y la humillación del amor propio, víctima, por cierto, poco digna de ser llorada; y, por lo demás, á mi parecer, todas las consideraciones, todos los derechos, todos los respetos que este lugar y vuestra presencia imponen quedan á salvo. Seréis benévolos áun sin quererlo; y por riguroso que sea vuestro fallo, se quedará á distancia inmensa de la verdadera justicia. Que el hombre siempre es mejor y vale más en el concepto ajeno que en el suyo propio y en el testimonio de la propia conciencia. Deplorable y punible sobre todo encarecimiento sería poner á prueba vuestra paciencia, y martirizar vuestro oído con el martilleo de las palabras de un desaliñado discurso. Pero, si la pupila fijada por algún tiempo en un foco de luz fulgurante, fatigada y rendida, solicita y recibe con amor la sombra, que sobre ella derrama la opacidad de los párpados; si el oído, por mucho tiempo halagado con el encanto de suavísima melodía, encuentra sabroso el silencio en que le envuelve un dulce sueño, acaso vuestro ojo y vuestro oído, ante los cuales han pasado en estos días todas las llamaradas del genio y todas las armonías de la elocuencia, necesiten descansar un momento á la sombra que proyecta sobre vuestras inteligencias una no disimulada ignorancia, y en el silencio que rodea como el vacío á todo discurso en que no chispea la llama de las grandes ideas ni cautivan dulcemente las notas del bien decir. Y tendrá aquí una vez más feliz aplicación la sentencia de un libro inspirado: «*Si semper exactus sit sermo, non erit gratus.*»

Pero un nombre y una institución, que están en este momento en la inteligencia y en los labios de todos vos-

otros, carísimo el uno como el honor de la patria para todo español, y más amada aún la otra como el honor de Dios para todo cristiano ¡Colón y la Iglesia! la más grande de las glorias humanas, y la más grande también de todas las manifestaciones de la gloria divina... hé aquí lo que ni con velos de modestia ni sin ellos puede abordar ninguno de los mortales sin peligro de oscurecerlos, abatirlos ó profanarlos torpemente. Sin embargo, Señores, yo que creo que ha sido acertadísimo acuerdo que el Congreso Católico Español de Sevilla envíe cariñoso saludo, nó á la sombra ni á los manes, sino al alma inmortal de Colón, en el cuarto centenario de su colosal empresa, dejándose ver así el espíritu cristiano y el genio del insigne navegante unidos en aquel estrecho abrazo, que fué el presagio, punto de partida, factor principal y coronamiento de toda aquella más que humana obra; yo, que veo cuán necesario era que en una asamblea cristiana se vindicara á Colón de las indiscreciones de amigos más onerosos que los de Job, y de los ataques injustificados de los enemigos de su gloria y de las glorias de la Iglesia, y que una voz, en representación de toda vuestra autoridad y toda vuestra indiscutible competencia, hiciera ver al inmortal Ligur en la alta esfera de su verdadera gloria, derramando como astro gigantesco luz indeficiente sobre todas las edades y envolviendo en sus fulgores á todo el globo; pero, nó como astro perdido, ni estrella aislada, sino unida en bellísima constelación á otra estrella mayor, su hermana, ó mejor su madre, su centro, su ley y su guía (la inspiración cristiana, el astro de la fe, faro luminoso del tiempo y de la eternidad, reflejo vivo de aquella luz increada que brilla en las tinieblas é ilumina á todo hombre que viene á este mundo); y que juzgo, en fin, que en la elección de esa voz debía presidir exquisito tacto y exquisita prudencia... creo, Señores... creo que se ha acertado.

Y no levantéis vuestras manos contra mí si os digo que soy el único en esta Asamblea que puede guiaros hasta la altura de esos dos astros, y daros la medida justa de su ígnea masa y de su vuelo gigantesco. Que la luz no se mide, ni se conoce, ni se examina por la luz, sino por la sombra y por las tinieblas; ni el Sol se presta á recibir la mirada de la ciencia, y revelar todas sus maravillas al telescopio, sino cuando hunde su carro de fuego en el espacio ennegrecido por el cono de sombra de la Luna, ó cuando una sombra mayor, la oscura Venus, pasa como una mancha por su refulgente disco.

Dejad, pues, subir, agrandarse y llenar el cielo á la sombra de la ignorancia; esa mancha, ese, nó astro, sino negro nubarrón interpuesto, os permitirá medir mejor el disco de la gloria de Colón; el disco del espíritu cristiano que lo formó, lo sostuvo, y ciñó á las sienes del héroe el laurel de la inmortalidad.

I

¡Colón! No hay para él página en el libro de las glorias humanas: su nombre y sus timbres están escritos en una hoja de luz y oro, tendida entre el tiempo y la eternidad, suspendida de una mano invisible en los cielos, y sostenida en la tierra por la contemplación de todos los mortales. Esa hoja no puede numerarse ni ordenarse con ninguna otra, ni aún ocupando el primer puesto. Porque, aunque ideológicamente no sea lo mismo número que orden, una misma es la cifra y la palabra que representa al uno y al otro; y siendo el número suma de unidades iguales, serie de entidades iguales ó semejantes debe ser el orden también. ¿Y dónde encontrar nombres iguales al de Colón, em-

presas parecidas á la suya? Recórrase todo el campo de la Historia y de la Mitología; héroes, genios, semidioses, guerreros, conquistadores, sabios, legisladores, filósofos: todo ello ante Colón es menos que el ligero musgo tendido á la sombra del gigantesco cedro que se alza en las cumbres del Líbano. Algo hay, y por cierto, nó en la Historia, sino en la Mitología, digno en cierto modo de llamar la atención; algo, digo, que un esclarecido vate (1), gloria de nuestra tierra, ha ensanchado y embellecido con las inspiraciones de su genio.

Supone la Mitología que, cuando el Ponto Euxino, según Eratóstenes, tenía orillas más dilatadas, y sus aguas un nivel altísimo sobre el actual; y el Mediterráneo, según las conjeturas de los geólogos, se extendía desde el Atlas y los montes de la Nubia al Sur hasta las bocas del Danubio y los Alpes suizos al Norte, un héroe creado por la fantasía griega, Hércules, dió un golpe con su maza en los Dardanelos, y otro en las rocas plutónicas del estrecho de Gibraltar; con lo que, rotos uno y otro dique, las aguas se precipitaron en inmensa catarata sobre las llanuras del Océano. Y, á medida que bajaba el nivel del mar interior, iban apareciendo las cumbres más elevadas; se dibujaban los contornos de las penínsulas itálica y helénica, de la Anatolia, de lo que entonces se llamó Asia; se alzó el Bajo Egipto, y se alargó la corriente del Nilo; y Trinacria, Creta, Chipre, y ese enjambre de islas del mar Egeo asomaban su frente sobre las olas, y se coronaban de flores y plantas como ninfas que juegotean sobre las aguas y enjugan sus cabellos á los rayos del sol. Y así tomó ser y forma esa región afro-asiático-europea donde alzaron su mole las pirámides, y se echaron los cimientos de Tiro y Sidón, y se amurallaron Atenas y Esparta, y se trazó la empalizada de

(1) Verdaguer, en su *Atlántida*.

Roma, que, al volver de los siglos, había de pasear sus naves, sus legiones y sus águilas por todo cuanto de Asia, África y Europa era conocido y transitable en el mundo antiguo. Suceso verdaderamente titánico; pero que, relacionado con la totalidad del globo, y con los destinos del género humano, queda reducido á las proporciones con que aparecían á los ojos de Platón las razas humanas tendidas á orillas del Mediterráneo, que comparaba el gran filósofo á un hormiguero ó á una familia de ranas en los bordes de un estanque.

La obra de Colón no es eso: su mirada alcanza más que la mirada del genio, y su brazo es más potente que el de los que levantaron montañas sobre montañas para escalar el cielo. Su acción no se ejerció sobre un punto solo del globo: lo abarca en su inmenso conjunto todo entero, y los golpes de su genio resuenan en los espacios y conmueven la creación. Empresa más divina que humana la llama Sebastián Cabot en un arranque de entusiasmo; y algo más que humano parece vislumbrarse en Colón cuando desde la cima de su inmensurable grandeza derrama la mirada de su genio sobre el globo; y más potente que los rayos del sol, que sólo alumbran uno de sus hemisferios, él lo envuelve con los fulgores de su inteligencia de polo á polo y de meridiano á meridiano. Escúchale atónito el mundo, y no le cree; y él entonces... va, y con las jarcias y las lonas de frágil barco rompe las brumas del Océano impermeable; se pasea libre, rey y soberano, sobre la faz del abismo; coge con sus manos los polos del mundo y los sacude; desembarranca la tierra de los bancos de tinieblas é ignorancia, en que había estado encallada desde el principio de los días, y la pone á flote en el Océano etéreo; planta en San Salvador el estandarte de la Cruz, enrolla á su tronco la bandera española; y de una embestida con la proa de la Santa María al islote de Guanahaní, lanza á la tic-

rra sobre su órbita para recorrer los cielos, y para pasear en triunfo por los espacios esa Cruz y esa bandera á treinta y ocho millones de leguas por cima y por debajo del Sol.

Y no es ficción retórica, ni en sentido puramente figurado, lo que decimos. Las cosas relacionadas con el hombre, y con el hombre se relaciona la creación entera, no tienen otro valor, á lo menos cuanto á su inmediato destino, que el que les da la inteligencia humana; y en este supuesto la tierra dejó de ser una sábana tendida sobre el abismo como una capa de verdín y escoria sobre un charco impuro, y empezó á ser globo y astro, y á recorrer los espacios, saludando á sus hermanas las estrellas, cuando Colón con su descubrimiento dió á Copérnico, que entonces ensayaba sus primeras observaciones en Cracovia, la clave misteriosa de su admirable sistema astronómico Y, al engrandecerse la tierra, se engrandeció la creación, y los cielos tuvieron conciencia de sus maravillas, y brilló con más vivos fulgores la gloria del Altísimo.

Y, llegados á esta altura, desdeña el pensamiento descender á esa transformación, que, nó por ser de orden inferior, es menos portentosa; la que en las ciencias, en las artes, en el comercio, en el destino del género humano operó el genio del insigne genovés.

Y todo esto, Señores, llevado á cabo nó por casualidad, nó por el concurso fortuito de circunstancias imprevisas, sino por cálculo, por convencimiento, por procedimientos científicos, por la intuición del genio. Es verdad, como dice A. Humboldt, que todo hecho que acusa un gran progreso en el orden de la inteligencia, tiene raíces profundas en los siglos precedentes, y la obra de Colón, por lo tanto, debió tenerlas. ¿Quién ignora la doctrina de los pitagóricos sobre la esfericidad de la tierra? ¿Quién no sabe lo que Eratóstenes y Aristarco de Samos, Hiparco y

Ptolomeo, Platón y Aristóteles, Estrabón y Séneca, Cicerón y Plinio, y Clemente Romano y Rogerio Bacón y Lulio y el Dante y Pedro Aliaco y Toscanelli pensaron y escribieron sobre puntos relacionados con la empresa llevada á cabo por Colón? Y, sin embargo, era cierto que la voz de Herodoto y el grito de Manilio, *Cætera pars orbis sub aquis jacet invia nobis*, y la idea del mar tenebroso, *impermeabile oceanum*, se sobreponían á todo en tales términos que la proposición de Colón por sabios y por ignorantes se reputó locura, y su sostenedor por loco. Verdad, y hoy no puede discutirse lo contrario, que desde el siglo X las naves de los normandos habían tocado en Groenlandia y en tierra de Labrador; pero ni Colón, ni nadie en su tiempo, lo sabía. Verdad también que Lulio habla de un continente occidental para servir de estribo al arco esférico de las aguas del Océano (concepto poco científico); pero ni Colón había leído sus *Quodlibetos*, ni le hacía falta semejante estribo, teniendo para el caso, como tenía, el continente asiático. Ciertísimo que en las Azores habían aparecido plantas y árboles desconocidos, y cadáveres de razas humanas no vistas. Innegable aún que se habló (no entonces, en presencia del problema, sino después de resuelto, cuando hasta los sastres, como decía el Almirante, *suplicaban por descubrir*) de pilotos portugueses y vizcaínos, de la existencia mítica de Alonso Sánchez, que habían abierto el camino á Colón... Pero, Señores, hoy se necesita falta de formalidad para repetir esos rumores: el camino que siguió Colón estuvo para todos, excepto él, completamente cerrado; y lo abrió él con su genio, con su constancia, con su inspiración cristiana. El procedimiento de Colón era un procedimiento científico, basado en un cimiento de exactitud matemática, erróneo en uno solo de sus detalles; error feliz que entró como factor en el portentoso descubrimiento, y que, á excepción de Eratóstenes y Estrabón, oscureció la intelligen-

cia de todos los filósofos y cosmógrafos (1): error, á que no pudo sustraerse la inteligencia de Colón, que le acompañó en su empresa, y acaso decidió su éxito; pero dentro de aquel su procedimiento científico, su norte y su guía; como se deduce claro de no haber puesto las proas de sus carabelas al NO. tras los derroteros de normandos, vizcaínos y portugueses; sino descendiendo al Ecuador, y poniendo la caña al O., nó en demanda de fábulas ó patrañas ó rumores, sino tras del objetivo señalado por su razón y por su genio.

Y este objetivo, visto por él solo, y negándolo en su presencia el mundo entero; perseguido con sobrehumana constancia y con vehementísimo amor contemplado; alcanzado al fin por su mano á costa de dolorosas amarguras y horribles padecimientos y crueles humillaciones, y ofrecido con corazón humilde á Dios para su gloria, con lealtad acrisolada á sus reyes como florón para su corona, y con desprendimiento de héroe al mundo para completarlo, hace de Colón una existencia excepcional, un sér cuya gloria por la de nadie puede ser vencida, por la de nadie igualada y con la de nadie puede admitir comparación. El indio se postró á sus pies en las Lucayas como ante el hijo del cielo; y en Barcelona ante él se alzaron los dos Reyes más grandes del mundo; y príncipes, soberanos, Pontífices, prelados, magnates, pueblos, naciones, Europa, el mundo en-

(1) El error consistía en los grados de longitud que se creía ocupaba el continente antiguo desde Gades hasta el extremo oriental de la China: Ptolomeo dió á esa extensión 180 grados; Marín de Tiro le dió 225 grados; Martín Behaim 260 grados, y Toscanelli 308 grados. El mismo Colón, rindiendo, aunque el menor tributo posible, á este error universal, fijó esa extensión en 240 grados. Rogerio Bacón y Pedro Aliaco daban muy poca extensión al mar que suponían existir sin discontinuidad entre Gades y la China. Séneca suponía que con viento favorable una nave lo surcaría en pocos días. El libro conocido por IV de Esdras, en el cap. VI, v. 42, dice: *Imperasti aquis congregari in septima parte terra, sex vero partes siccasti.*

tero se levantó ante él como ante el hombre de la Providencia, el hombre del Cielo.

II

He pronunciado de propósito esta frase, no sólo para dar á entender el sentimiento de entusiasmo, con que Colón fué recibido á su vuelta de América por todo el viejo mundo, sino para designar la nota característica, la fisonomía propia, la verdadera semblanza, como ahora se dice, de nuestro héroe. Esa frase le representa de cuerpo entero, y, traspasando su forma exterior, nos hace leer en el interior de su alma, y nos revela en las profundidades de su inteligencia el génesis, el desarrollo y el coronamiento de aquella idea, creación gigantesca de su inmortal genio. Y evidentemente Colón es el hombre de la Providencia, y su genio es el genio de la Cruz, el genio de la fe, el genio del cristianismo por él formado, sostenido, coronado.

Y para mí, Señores, con sólo saber que Colón existió en la segunda mitad del siglo XV, que aspiró el primer soplo de la vida en Italia, y exhaló el último aliento en el corazón de España, en plena civilización cristiana, á la sombra de la Cruz, á la sombra del Papado, basta con eso para exclamar con el augusto Pontífice León XIII: **Columbus noster est.**

Si el turista, que contempla extasiado las maravillas de la Alhambra, relaciona aquel arte y aquellas bellezas con la civilización árabe, con el espíritu de los hijos del Corán; si la vista de las pirámides, de los restos del Partenón, y de los Hipogeos de la India evocan la civilización y el espíritu de los hijos de Isis, de los descendientes de los héroes

y semidioses de la Grecia y de los adoradores de Brama, ¿por qué la fábrica de un hemisferio y la creación de un mundo no han de evocar el recuerdo de la Cruz, si á la sombra de la Cruz se llevó á cabo tan excepcional empresa?

Y este argumento, que de suyo tiene fuerza, la adquiere en proporciones de evidencia y de certidumbre absoluta, si consideramos las misteriosas y celestiales armonías que existen entre la fe y la razón: el concurso prestado por aquélla á ésta en todas sus manifestaciones; el impulso y toque, verdaderamente divino, con que la fe despierta y aviva toda la virtualidad, toda la potencialidad de la inteligencia, y pone en vibración enérgica y potente todas sus ocultas y adormidas fuerzas; viniendo á ser la fe, por resultado de todas estas influencias, forma esencial y causa única de todos los progresos y de toda la civilización de los pueblos cristianos.

La fe, con sólo aproximar la razón á Dios, le prestó un servicio inmenso; la acercó á su fuente y la puso dentro de la verdad; y no es lo mismo para un astro estar en afelio que en perihelio. La razón es una llama, que no vive sino en un ambiente saturado de verdad, como la llama del fuego material no vive sino en una atmósfera oxigenada.

La revelación de las grandes verdades cristianas ensanchó los horizontes de la inteligencia, y la colocó en el umbral del templo de todas las ciencias. La eternidad, simplicidad, espiritualidad, unidad y trinidad en el Sér Supremo; la nada, la creación, la providencia, la encarnación, la santificación, el pecado, la muerte, la resurrección... ved con sola la enunciación de estas ideas, levantada la razón, y convidada á surcar esferas y espacios más dilatados que todos los cielos y que todos los mundos; en posesión de los principios y bases de todo humano saber, estimulada, asistida y escudada á la vez para penetrar segura en todas las profundidades y en todos los arcanos de la humana

ciencia. Y ved asomar ya la primera ola de esa corriente de luz y de ciencia, que, en sentir de Isaías, había de cubrir la tierra como las olas del mar: *Repleta est terra scientia Domini sicut aquæ maris operientes.*

Añadid á estos dos estímulos poderosísimos, las dos mayores fuerzas, que agitan y mueven al hombre en todos sentidos, creado el uno, ocasionado el otro por la verdad cristiana: el amor y el odio; el amor de todos los que la adoran, y el odio de todos los que la blasfeman; el uno decidido á defender lo amado, por todos los medios, en todos los terrenos, y á costa de todos los sacrificios; resuelto el otro á combatir á su enemigo, á su único enemigo (porque sólo la verdad es y puede ser esencialmente odiada: el error no es ni ha sido jamás, ni puede ser esencialmente objeto de ese odio; que por algo dijo la Divina Palabra: *non potest mundus odisse vos*); resuelto, digo, á combatir á su enemigo con toda clase de armas y por todos los medios lícitos ó ilícitos. Considerad luego esas dos inmensas fuerzas en perpetua y eterna lucha; y que, por maravillosa disposición de la Providencia, y por la esencia misma de las cosas, los esfuerzos del odio se convierten contra él mismo y en defensa de la verdad, y cada golpe suyo, en vez de hierirla, la esclarece; porque las manos que golpean á Cristo, como dice San León, *dum proprio iucumbunt scelerei famulantur Redemptori*; resultando que de los suspiros del amor y de los enconos del odio *per occasionem et per veritatem, per invidiam et contentionem, et per bonam voluntatem, et ex charitate*, Cristo es predicado, la fe enaltecida, la verdad vindicada y la razón colocada en un trono, y á sus pies como esclavas suyas y esclavas de la Cruz, la ciencia, el progreso, la civilización.

¿Es ponderación esto? ¿Son exageraciones del fanatismo? Preguntadlo á Europa, al mundo, á la historia, á vosotros mismos. ¿Dónde está el nido, el alcázar de la inteli-

gencia, el trono de la razón? ¿Dónde está el derecho, la moral, la ley, la ciencia, las artes, la civilización, el progreso? ¿Dónde está el hombre?

En Europa, en nosotros, en nuestra frente y en nuestro corazón. Somos la ciencia, somos la razón, somos el mundo, somos el hombre. Todo está en tinieblas, muerto y podrido en torno nuestro. ¿Á qué obedece tan singular fenómeno? ¿Qué misterio encierra ese rincón de la Europa? ¿Hay montañas aquí tan elevadas que atraigan del cielo emanaciones etéreas, nacidas al chispear de las inteligencias angélicas? ¿Hay valles vírgenes, y en ellos flores cuya fragancia embalsame la atmósfera de la razón? ¡Ah! Más que los Alpes y el Pirene se alza la gigantesca mole del Himalaya y la interminable cresta de los Andes, y á sus pies y entre sus titánicos miembros se esconden valles más pintorescos, engalanados de flores más bellas y de fragancia más pura. ¿Debe sus fueros y su preeminencia á su situación geográfica? ¡Ah! Es un oscuro rincón: tiene sus pies en un lago, su cabeza en el hielo del polo; uno de sus brazos detenido, atado en los montes Urales; otro salpicado por la negra espuma del tenebroso mar. ¿Somos la raza primogénita del hombre, y llevamos en la frente una bendición especial de nuestro primer padre? ¡Ah! Somos la última y la más desdichada de todas las ramas del árbol de la humanidad. Hemos venido los últimos y los más rezagados de todas las razas al banquete de la civilización: el egipcio, el persa, el babilonio, el indio, el sinense, el japonés ¿qué digo? hasta el mejicano, hasta el súbdito de los Incas, hasta el negro, Señores, estaba civilizado en Etiopía cuando nuestros ascendientes de Tracia no sabían contar, según César Cantú, sino hasta cuatro. Nosotros somos los bárbaros, nó los bárbaros de Roma y Grecia, sino los bárbaros del género humano. Somos aquellos, más que hombres, antropóides, que capitaneaban Alarico, Atila, Genserico. Pero ¡ah! esa

bandada de fieras se detuvo á sestear á la sombra de la Cruz, y esa sombra creó la Europa; creó! esta es la palabra: creó al hombre y ciñó á las sienas de su inteligencia el laurel de la civilización. Esa es la clave, y no hay otra, para explicar los destinos de los pueblos de Europa. De todo su progreso, de toda su cultura, de esa eguemonía que ejerce sobre todo el mundo, es forma esencial y causa única el espíritu cristiano. Y ahí están las raíces, ese es el génesis del descubrimiento de América.

Pero no sólo de manera general, y según se desprende de las razones aducidas, sino concreta, determinada, objetivamente fué como el espíritu cristiano se actuó en la empresa llevada á cabo por el genio de Colón.

Y aquí hay necesidad de deslindar bien los campos y precisar bien los términos, para el esclarecimiento exacto de la verdad.

El Verbo Eterno no ha hablado al hombre para enseñarle ciencias humanas; ni el Evangelio es un texto de Cosmografía y arte náutica, con fórmulas para medir grados de longitud, y brújula para orientarse sobre las olas y descubrir islas y continentes. Para algo más digno de Dios y del hombre debieron ponerse al habla el cielo y la tierra en los misterios de la revelación. San Agustín y Milton, aunque separados por la interposición de doce siglos, y por algo que separa y aleja más las almas que los grandes paréntesis del tiempo, en las alturas del genio á que ambos se encumbraron, concuerdan por admirable manera en explicar por qué ni Dios, paseándose en el Paraíso con nuestros primeros padres, ni su Verbo, recorriendo la Palestina con los hijos de Jacob, descendieron á dar explicación al hombre de los misterios que en el orden de la naturaleza presentan los cielos y la tierra á los ojos de su razón. La

voz de la revelación habló al hombre para enseñarle el camino de la eternidad, que había olvidado, y franquearle las puertas del cielo, en las que un crimen había colocado un cerrojo eterno. Y para conseguirlo, como lo ha conseguido, recibiendo al hombre á bordo de la navecilla de la fe, única que sabe correr todos los espacios y surcar todos los Océanos del tiempo y de la eternidad, no necesitó invadir el terreno propio de la razón natural: iluminó con su luz divina sólo aquellas verdades que eran necesario precedente para el orden sobrenatural; y en lo demás respetó las fronteras de la inteligencia humana con una sobriedad, que deberían tener presente los que, con intemperancia temeraria y ridícula, intentan traspasar los linderos invadeables que puso Dios en torno de su palabra eterna.

No hay, pues, en la revelación una afirmación clara y terminante sobre los movimientos de rotación y traslación de nuestro globo, sobre la *transviabilidad* del Océano, y existencia de tierras y continentes habitados en hemisferio opuesto.

Pero en cambio tampoco hay en la revelación ni una palabra que se pueda citar en oposición á esas afirmaciones científicas; y hay, por el contrario, difundida en todas sus páginas una luz misteriosa, que ha servido de guía y de faro á la razón para encontrar esas verdades, que ella por muchos siglos ignoró, no obstante que existían dentro de sus propios dominios.

Y no ahuequen la voz los enemigos de la fe para pronunciar, en són de triunfo contra estas afirmaciones, los nombres de Zacarías, Bonifacio, Vigilio, Lactancio y San Agustín. En la galería gloriosísima de los escritos de los Santos Padres, en la inmensa biblioteca de la literatura y filosofía cristiana hay, es cierto, dudas, vacilaciones, negaciones también, y rotundas, acerca de la existencia de los antípodas; pero esas dudas, esas vacilaciones, esas negaciones no eran

de la fe ni del espíritu cristiano; eran la eterna duda, la eterna negación de la ciencia, de la razón, de la filosofía. Los Padres se inspiraban en la fe para hablar de Dios, del cielo, del orden sobrenatural: para hablar de ciencias humanas se inspiraban en el santuario, profanado por cierto, de la razón. Eran creyentes y á la vez filósofos: como creyentes la fe les guió con certero rumbo por los espacios de lo sobrenatural: como filósofos la razón les llevó alguna vez hasta los confines del error, sin precipitarlos nunca en el abismo, en que solía sepultar á los que sólo eran filósofos sin ser creyentes.

La verdadera crítica no debe confundir nunca este doble carácter de los Padres de la Iglesia al estudiar sus obras, aún aquellas en que predomina el elemento teológico. Precisamente la Teología en tanto es ciencia en cuanto de dos premisas, una conocida por la fe, y otra por la razón, deduce la consecuencia en ambas contenida. Las deducciones, por lo tanto, que, poco conformes con los resultados científicos en nuestros días, se encuentran en las obras de los Santos Padres, deben atribuirse exclusivamente al elemento filosófico, á la deficiencia de la razón, que no ha podido, ni puede en la actualidad, abarcar con mirada segura todo el horizonte abierto á sus ojos en el orden natural. Y lo que es verdaderamente digno de llamar la atención es encontrar en los Santos Padres un golpe de vista tan elevado, un criterio tan profundo, una sobriedad tan constante y una como luz sobrenatural, que les hacía adivinar la verdad á través de los errores de la razón y de la Filosofía.

Vedlo en este punto concreto de la existencia de los antípodas. San Agustín raciocinaba así: todo hombre descendiendo de Adán, y donde quiera que esté, zona, hemisferio, continente... allí ha ido desde la cuna del género humano;— *premisa mayor evidente como verdad de fe*;—pero el Océano es invadible, y no ha podido irse desde Asia al hemis-

ferio opuesto, ni allí puede vivir el hombre con los pies para arriba y la cabeza para abajo como dice Herodoto;—*premisas menor proclamada por la razón, por lo menos la razón práctica, la conciencia universal*; luego...—¿Qué pensáis que va á deducir San Agustín?—luego no es posible la existencia de los antípodas? Nó: eso haría un filósofo, un poeta, como lo hicieron Manilio, Ovidio, Herodoto. San Agustín procede con pies de plomo, *pedetentim*: desconfía de la premisa sentada por la razón, y la acepta sólo á beneficio de inventario, *caute*; y cierra el argumento con estas importantes palabras: *aut omnino nulla sunt, aut homines non sunt, aut ex Adam sunt, si homines sunt*. Es decir: de ser verdad esa premisa filosófica, ó no hay antípodas, ó no son hombres; y si son hombres, provienen de Adán, y del Asia debieron ir á aquel hemisferio; y por lo tanto el Océano es vadeable, y la tierra esférica, y un misterio todavía no explicado (la gravitación) hace posible allí la vida humana en las mismas condiciones que en la primitiva morada del hombre.

Así se adelantaba San Agustín diez siglos á su época, guiado por esa luz misteriosa de que antes os hablaba, por esa reverberación que la verdad sobrenatural causaba, áun sin intentarlo, en todo el horizonte de los conocimientos humanos.

La afirmación de San Pablo en el Areópago de Atenas sobre la unidad de la especie humana, *fecitque ex uno omne genus hominum*, y la profecía del Evangelio predicado *toto orbe terrarum*, fué toda una revelación para la inteligencia del hombre. Le hizo entrever á media luz, en un inmenso horizonte, un lienzo de indefinible belleza, y aguijoneó violentamente todos los estímulos del corazón humano para acercarse á ese lienzo, y tenerle y gozarle con el gozo purísimo que proporciona al alma la posesión de la verdad. Ese lienzo era el plano de la casa solariega del hombre, la superficie

del globo; y quería el corazón tenerle y poseerle para dar un abrazo en él á todos sus hermanos, perdidos antes en la casa inmensa de su primer padre.

¿Y no veis ya aquí una influencia directa, determinada, concreta del espíritu cristiano en el descubrimiento de las Américas, despertando en el corazón del hombre un deseo vehementísimo de registrar todo el orbe para encontrar á su hermano?

¡Oh! la cuestión de los antípodas hubiera sido siempre para la razón lo que fué para los filósofos de la antigüedad, un mero ejercicio de imaginación, ó de dialéctica ó de sofistería; un entretenimiento de escuela ó un jugueteo de poesía como el de los versos del coro de la Medea, seguido de una esterilidad vergonzosa y de un silencio eterno, sin despertar una idea en el cérebro ni agitar una fibra en el corazón. Para el espíritu cristiano, por el contrario, la cuestión de los antípodas era un caso de honra, era un deber y un amor. Amor del hombre al hombre, del hermano al hermano; honor de raza, de extirpe, que obligaba á redimir de la ignorancia, de la barbarie y salvajismo á una muchedumbre innumerable de los nuestros, y borrar así una mancha de familia; deber y deber santo, consagrado por la naturaleza y por la sangre de un Dios derramada en un eterno sacrificio de caridad, de llevar la luz del Evangelio y el estandarte de la Cruz de uno á otro polo, haciendo resonar la *buena nueva* en el oído de toda criatura.

Y á través de los siglos, y sin extinguirse por los grandes sacudimientos que agitaron á Europa y Asia, cuando aún no había dejado de correr el río de sangre de los mártires, y abriéndose paso por entre los horrores y tinieblas de la Edad Media, iba esa luz, esa influencia misteriosa de la verdad cristiana, preparando y disponiendo la inteligencia y el corazón del hombre para la gran obra del descubrimiento de un mundo. Dante, guiado, más que por Bea-

triz, por el espíritu cristiano, nos deja entrever la tierra desde las alturas de las estrellas, flotando en el vacío, presentándonos ya uno ya otro hemisferio; Lulio presiente un continente entre las brumas del Atlántico; Rogerio Bacón y Pedro Aliaco, en su deseo de abrazar á todo el mundo, estrechan las orillas del Océano, y Toscanelli, orando bajo la cúpula, que en Florencia erigía su amigo Brunelleschi, concibió la idea de aquel mapa en que la Antilla y Cipango estaban casi al alcance de la mano.

El mundo estaba ya preparado; las aguas de la influencia de la verdad cristiana tenían como en incubación la inteligencia del hombre: un *fiat lux*, y brotaría la vida, el genio y el héroe que había de completar el globo. Y la Providencia quiso pronunciar esa palabra; la mano de Dios hizo al héroe; el soplo del espíritu cristiano encendió en su frente la llama del genio: era Colón.

Sea cual sea el origen de las ideas; ya vengan por el conducto torpe y grosero que les señaló Aristóteles, ya estén en nosotros, y venidas de muy alto, como pensó Platón, ó ya, como ideó nuestro Balmes, la inteligencia se parezca á un libro escrito con tinta mágica, cuyos caracteres ocultos aparecen como por encanto cuando sobre ellos se derrama un líquido misterioso, fuerza es confesar que en la germinación de las ideas, en las inspiraciones del genio, como en la cuna de la sabiduría, de que nos habla el libro de Job, hay un misterio impenetrable: *trahitur autem sapientia ab occultis*; misterio que está sólo en las manos de Dios, y del que sólo Dios tiene las llaves. Son, sin embargo, las ideas, y esto lo alcanza la razón, semejantes á esos gérmenes de vida, de que está lleno el mundo, y con tan pródiga mano reparte la naturaleza; y como ellos, necesitan yacimiento, tierra propia y adecuada en que ser recibidas,

condiciones para germinar, y la luz, aire, rocío, calor y brisas para desarrollarse y fructificar. Y todo esto, aparte del misterio de su genio, necesitó Colón para que en el campo de su inteligencia germinase la idea y madurase el pensamiento de descubrir un mundo.

Yacimiento, y tierra adecuada, y gérmenes del orden natural y del orden revelado había en el alma de Colón, como se desprende de lo dicho; aire y luz y brisas y rocío y calor divinos encontró en la atmósfera de religión y espíritu cristiano de que estaba saturada su alma. Si las más profundas raíces de la inteligencia, según Leibnitz, están en el corazón, en el corazón de Colón hemos de buscar las raíces más hondas de las inspiraciones de su genio. Pero el corazón del grande Héroe era todo cristiano; vaciado en el molde de la fe y de la caridad; no había en él una sola fibra que no estuviese empapada en el bálsamo santo de la religión: á la misma altura que su genio volaba la nobleza de los sentimientos de su pecho; uno y otro sin apartarse jamás de Dios, antes buscándole, y yendo hacia Él, y promoviendo su gloria con nobilísimo y gigantesco esfuerzo. Creía los misteriosos de la fe con la sencillez de un niño y la fortaleza de un mártir; oraba con la avidez de una virgen, y se abismaba en las profundidades de la contemplación como un anacoreta: ceñía espada y faja como almirante del Océano, y sustituía al manto de escarlata el tosco sayal del religioso, y á la faja de generalísimo la rígida cuerda del franciscano: simple soldado en la milicia de Cristo, sentía en su espíritu alientos de profeta y apóstol, y una mano misteriosa parecía empujarle para llevar á nuevos mundos el estandarte de la Cruz y la luz del Evangelio.

El pensamiento constante de Colón, la aspiración veheméntísima de su alma, el sueño eterno de su genio, lo que influyó más que otra cosa alguna, más que la atracción fortísima de la verdad, más que el estímulo poderosísimo

de la gloria, en concebir y realizar su colosal empresa, fué, como ha dicho León XIII, como el mismo Colón dijo á los Reyes, la gloria de Dios, la propagación de la fe de Cristo y la redención y libertad del Santo Sepulcro. *Este fué el fin y comienso del propósito, que fuese por acrecentamiento y gloria de la religión cristiana.* Ese es Colón, ese su pensamiento, ese el anhelo de aquel pecho en donde estaban las raíces de su genio; esa la atmósfera, el ambiente que envolvió constantemente á su genio y á su alma toda entera.

El libro en que más leyó el espíritu de Colón fué la Cruz; después de la Cruz, pero á sus mismos pies, la obra de la Cruz, la Biblia; y fuera de la Cruz, pero á su sombra, el Imago Mundi de un príncipe de la Iglesia, el cardenal Aliaco. Esa es toda la ciencia de Colón: Dios y el espíritu cristiano. Sin eso la idea de un nuevo mundo hubiera pasado por la frente del ilustre Genovés, como pasan los astros naciendo por las inmensidades del espacio en estado de nebulosa. Sin fuerzas, sin energías, sin atracción, sin choques violentos que provoquen movimiento vertiginoso en las moléculas, sin una ley y un centro, que llame á sí todos los elementos ponderables de la materia, no se transforma jamás la nebulosa en un sol. La idea de un nuevo hemisferio en la mente de Colón, sin esas fuerzas y energía del espíritu cristiano, sin esos grandes golpes, que da en la inteligencia el corazón con la mano del amor, sin ese calor de la oración, sin esa concentración del alma contemplativa, sin ese foco de la gloria de Dios, que atraía á sí todas las energías de aquella grande alma, esa idea, digo, habría permanecido en estado de nebulosa sin llegar á ser ese astro gigantesco, el sol más brillante que ha cruzado jamás por los cielos de la inteligencia. Con razón, pues, el espíritu cristiano reclama á Colón por suyo, repitiendo las palabras del Profeta: *In gloriam meam creavi eum* (1).

(1) Isai., XLIII-7.

III

Existía el Héroe; chispeaba en su frente la llamarada del genio; la gran idea, el colosal pensamiento flotaba en toda su grandeza y con todos los fulgores de la evidencia en el cielo de su razón; pero ¡ay! el Héroe estaba solo; y en el libro por excelencia está consignada la más triste de las exclamaciones para la soledad. *Væ soli!* Si un astro, Señores, se viera condenado á rodar solo enteramente por los espacios, derramando haces de luz y perdiéndose sus rayos en los confines de la nada, sin encontrar una superficie en que reflejarse, ni mundos que iluminar, ni pupilas que le recibiesen, ni inteligencias que le buscaran, ni corazones que le amasen, ese astro, cansado de dar vueltas en las fronteras de la nada, se apagaría de tristeza en el sepulcro de su inmensa soledad. El genio, como el astro, condenado á eterna soledad, moriría también; que si uno y otro se parecen á Dios en su innata propensión á comunicarse, difieren de Dios en no poder vivir como Él, solos. Y solo estuvo Colón en un período de muchos años: solo recorrió el astro de su genio la órbita de sus revoluciones por el cielo científico de Europa, encontrando en todas las fronteras del espacio, y en el espacio mismo, el silencio de la muerte, el vacío, la nada: de Génova á Lisboa, de Lisboa á Portosanto, de Portosanto á Islandia, de Islandia á Cabo Verde, de Cabo Verde á Lisboa de nuevo, y de allí por segunda vez á Génova y Pisa y Venecia; y vuelta á girar tercera vez hacia Occidente, y cernirse en las fronteras de esa constelación que se llamaba España y Portugal, rendido, cansado, empobrecido de derramar luz sin recibirla de nadie, rechazado de todas partes... ¡Oh! el astro zozo-

braba, detenía su vuelo, vacilaba sobre su órbita, para caer convertido en polvo en el eterno vacío. Nó; Colón no hubiera podido resistir más: la fortaleza, aunque sea la del genio, tiene sus límites; y esa soledad que rodeó constantemente al grande hombre, y, lo que es más amargo aún que la misma soledad, el desdén, la ofensa, el ultraje, la vil felonía que encontró por premio á sus afanes en su patria y fuera de ella, en las alturas de un poder absoluto y en la llaneza de las libertades democráticas, eran un cáliz de amargura insoportable á las fuerzas humanas, tan envenenado, que era imposible beber en él y vivir. Y Colón le había apurado hasta las heces cuando llegaba á las costas de Andalucía: era la última etapa de la vida del Héroe, y habría caído exánime ante las puertas de la Rábida, si allí no hubiera estado la mano de la religión para recibirle y el espíritu cristiano para confortarle.

Los aficionados á estudios históricos no saben cómo descifrar la llegada de Colón al célebre monasterio, que no es camino para ninguna parte, ni de llegada ni de partida. ¿De dónde venía Colón? ¿Á dónde iba? ¿Cómo se encontraron la quietud, la soledad, la paz del claustro, con la agitación, las luchas y las amarguras del genio? Señores, como se encuentran en las alturas dos corrientes de electricidad; por leyes misteriosas, por mágica atracción de una á otra.

¡**La Rábida!** nombre venerando para todo español y para todo cristiano. Santuario de oración y pureza, en cuyo seno encarnó la idea, que flotaba en los cielos del genio, era símbolo y representación viva de la religión y del espíritu cristiano. Alzado en la confluencia del Tinto con el Atlántico, con un muro en las olas ligeras y fugaces de un riachuelo, y otro en las ondulaciones eternas del Océano; con los pies y las manos en la tierra para sufrir y hacer bien, y el pensamiento y el corazón en el Cielo para esperar y amar, debía ser foco de atracción irresistible para Cris-

tóforo Colombo, que, por su genio, parecía venir y ser algo del Cielo, y, por sus desdichas, una víctima más de las miserias de la tierra. ¿Y por qué no habían de encontrarse esas dos existencias, que unió por muchos años una ternísima amistad, y que ha unido después la historia con lazo indisoluble, para que suenen siempre juntos, los nombres de Fray Juan Pérez y de Cristóbal Colón? Peregrinos eran uno y otro en el desierto de la vida: ambos venían de los grandes centros de la sociedad: Colón, rechazado de las alturas del poder; el religioso, rechazando y volviendo la espalda á la atmósfera asfixiante de la Corte: pobre uno con pobreza material hasta la indigencia; pobre el otro con pobreza de abnegación y de espíritu hasta el sacrificio: explorador uno de nuevos continentes y hemisferios; audaz viajero el otro, que buscaba cielos nuevos y tierra nueva: locos ambos, Colón con la locura del genio, el religioso con la locura aún más sublime del amor, se encontraron porque debieron encontrarse, porque seguían líneas convergentes, porque á ambos llamaba, convidándoles con su dulce sombra, esa misteriosa palmera, la única que se alza en el desierto de la existencia, la única á cuyo pie pueden descansar y dormir tranquilos el genio y el amor: la Cruz.

Y al encontrarse se dieron aquel abrazo de que estaba pendiente el destino del género humano, y que constituye una escena la más sencilla y más sublime que registra en sus encantadoras páginas la historia de la Estética. El venerable extranjero caminando con paso lento, fatigado, caída la cabeza sobre el pecho; el niño Diego siguiéndole con pasos desiguales, como diría el autor de la *Iliada*, desfallecido de cansancio, de sed, de hambre; el santuario, el río, el mar, el portero compasivo, el pan, el agua, la mano que se alarga, la puerta que se abre franca, amistosa, hermana; el guardián, el hombre de ciencia y de oración, el que ha olvidado todas las grandezas menos la grandeza del genio,

que adivina en la frente arrugada de Colón; y le habla, y se entienden, compenetrándose aquellas dos almas, y vaciándose la una en la otra en la conferencia misteriosa de aquella celda, que es ya la casa de Colón y el nido de su genio... ¡Ved una escena que no acertó á imaginar ni Homero cuando reseñaba el hospedaje de los dioses!

Y causa asombro y maravilla la antítesis que aquí se nos ofrece: brinda Colón á los seguidores y amadores del mundo con otro mundo que lleva en las profundidades de su genio, y es desoído y rechazado; acierta á encontrarse con el desprecio y la renuncia del mundo y sus vanidades, y ese desprecio del mundo despierta á la idea de un mundo nuevo, se entusiasma, y acoge, sostiene y alienta al Héroe para llevar á cabo su gigantesca empresa. Y era, Señores, que, si el desprecio del mundo inspirado por la Cruz había salvado al mundo antiguo, ese mismo desprecio, esa misma inspiración de la Cruz, debía ser el sostenedor y amigo del descubridor del mundo nuevo.

Pero el espíritu cristiano no se limitó á manifestarse amigo y sostenedor de Colón en el santuario de la Rábida, y en las personas venerables de Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena, y en aquellas cartas que pusieron al Genovés en contacto con la Corte de Isabel y de Fernando. Colocado al lado del Héroe, ya no le abandonó un instante, y estuvo constantemente á su lado, siendo su fortaleza y su confianza en aquellos ocho años de promesas y aplazamientos, de esperanza y de temores, de ilusiones y desengaños. No resonó una palabra halagüesa en los oídos de Colón en todo ese tiempo, que no la pronunciara el espíritu cristiano. En Córdoba, en Salamanca, en Santa Fe, con los nombres de Geraldini, del cardenal Mendoza, de Fray Diego de Deza; en las conferencias, en las juntas, en la regia cámara, al pie del mismo trono... el espíritu cristiano! Y, triste es decirlo, sólo el espíritu cristiano lo de-

fendió y lo sostuvo. *A Fray D. Deza*, escribe el Almirante á los Reyes, *deben VV. AA. el poseer las Indias. Nunca hallé*, dice en otra parte, *ayuda de nadie, sino de Fray Antonio de Marchena, después de aquella de Dios Eterno.* Siempre Dios, siempre la religión y el espíritu cristiano al lado del Héroe en las alturas de su genio y en los desfallecimientos, luchas y contrariedades de su mortalidad: como si la Providencia hubiera querido demostrar de una manera palpable en Colón, hablando en nombre de la ciencia á los representantes de la razón y á los representantes de la Cruz, rechazado de los primeros y escuchado y sostenido por los segundos, que la razón es más amiga de la fe que de la razón misma.

Mas si el pensamiento de Colón necesitó amigos, su empresa necesitaba cooperadores; y como aquéllos, éstos también se los procuró el espíritu cristiano. Y se los preparó muy de antemano en larga serie de siglos anteriores, en que la Providencia había ido tejiendo, en las mallas de su red misteriosa, la existencia y los destinos de nuestra amada patria. ¡España! la nación católica por excelencia, donde todo es de la Cruz, hasta la patria (porque si en otras naciones la patria se ha consagrado á la Cruz, en España la Cruz ha hecho la patria); la nación mártir, bautizada con su misma sangre, que pródiga derramó en lucha titánica de siete siglos por Dios y por su Cristo; la que, arrollando la morisma hasta los arenales de África, salvó á Europa y á la Iglesia de la más deshecha tormenta que ha amenazado á la sociedad y á la barquilla de Pedro, como más tarde había de salvar, á ambas también, del poder de la media Luna en Lepanto, del monstruo de la herejía en el pecho diamantino del gran Felipe II; España, digo, iba á la sazón á la cabeza de todas las naciones cristianas, y ella lle-

vaba en su mano la bandera de los ejércitos de Cristo. Si el nuevo mundo que traía Colón entre las alas de su genio era una dádiva y un galardón de la Providencia, ninguna nación de Europa podía presentar tantos títulos como España para merecerlos; si era una empresa y un servicio que exigía la gloria de Dios, sólo España podía llevarla á cabo y conquistar para la Cruz un mundo nuevo; ella, que había de sacrificarse para conservar á la Cruz la posesión del antiguo.

Ved por qué vino á España el inmortal Genovés, y pisó nuestro suelo como mendigo el que había de levantarse en España y por España hasta las regiones más altas de la inmortalidad. Tenía aquí, entre nosotros, el espíritu cristiano en cada corazón un altar: era nuestra patria como su templo, y encarnación viva de su aliento era aquella gran Reina, *«el soberano más digno que ha reinado sobre los hombres»* (1), *«el más precioso ornamento del mundo, incomparable mujer»* á quien *no se parece ninguna otra heroína ni en los modernos ni en los antiguos tiempos»* (2). Y esa España y esa Reina, creación y encarnación del espíritu cristiano, fueron el brazo de la Providencia para el descubrimiento de América.

La empresa, que en teoría había tropezado con tantas dificultades para abrirse paso y adquirir valor racional y científico, las encontraba todavía mayores al reducirse á la práctica. Preparar una flota, y abastecerla para larguísima y arriesgadísima navegación, exigía grandes sumas, que no era fácil hallar en el fondo de un tesoro exhausto en la guerra de la conquista de Granada. Al problema económico se sumaba el problema político, más pavoroso aún desde la toma de Constantinopla por el Gran Turco, cuyos ejércitos amenazaban al centro de Europa, y sus flotas esparcían el

(1) Ventura Raulica.

(2) Pedro Mártir.

terror por todas las islas y costas del Mediterráneo. Todo lo venció la gran Isabel con aquel corazón que el espíritu cristiano había ensanchado, en frase bíblica, en la proporción con que está tendida la arena en las inmensas orillas del mar. Ella que, á caballo al frente de sus huestes, había animado á sus guerreros en la vega de Granada, no temió ante la bandera desplegada del Islám, que en uno y cien combates había humillado á los pies del estandarte de la Cruz. Ella, que con mirada del genio había descubierto y comprendido el genio de Colón, y con toda la fuerza de su corazón cristiano se había enamorado del pensamiento de llevar la luz de la fe á otros mundos, y traer millones de almas al rebaño de Cristo, no podía retroceder ante la dificultad de un tesoro empobrecido. Era reina, tenía joyas, y, á un movimiento de su grande alma, cayeron de su corona, como esclavas, á los pies del espíritu cristiano, que aviva la empresa de Colón. Rasgo verdaderamente heroico de Isabel de Castilla, que le ha conquistado justamente la admiración de todas las edades; pero que, en realidad, no era más que sencilla manifestación de los sentimientos de aquella alma, templada toda ella al calor de la religión y al fuego del amor divino. ¡Qué mucho que sacrificara sus joyas al descubrimiento de un mundo, la que había de sacrificar su vida á la adoración sólo del velo de una virtud, el pudor! ¡y había de olvidarse de sí misma en el trance supremo de la agonía, para extender una mano de madre sobre aquellos pobres indios, que ella llamaba, con razón y con todo derecho, suyos!

Se resolvió, pues, la tan combatida expedición; se firmó el convenio por el que, desde entonces, podía Colón llamarse Almirante del Océano; se firmaron los Reales Despachos, se fijó como punto de partida el puerto de Palos, y se encargó á su Concejo el apresto de las carabelas. La expedición parecía un hecho, y en el momento de serlo

surgió el mayor peligro de que se malograra. Para concebir la existencia de un mundo bastó el genio de un hombre; para llegar á sus fronteras no eran bastantes las fuerzas de un hombre solo. Se necesitaban navíos, pilotos, aparejadores, gente de mar, todo ese personal múltiple y heterogéneo que se encierra en las entrañas de una flota. ¿Dónde encontrarlo? La nueva de la expedición corrió como un relámpago por el puerto de Palos y sus cercanías; los rudos marineros y pescadores, aunque avezados á mil peligros, se sorprenden, se agrupan, preguntan, consultan, discuten, y se deciden por fin á hablar cara á cara con la bandera de enganche. —¿Adónde nos lleva esa bandera?— Á aguas desconocidas y no surcadas por quilla alguna; á las olas del tenebroso mar, á través de las brumas, en que se envuelve el abismo debajo de nuestros pies.—¿En demanda de qué puerto ó de qué tierra?—De una tierra que no tiene nombre, como tampoco el mundo á que pertenece.—¿Y existe semejante tierra?—Existe.—¿Quién la ha visto?—Nadie.—¿Quién dice que existe?—Ese hombre extranjero, de torpe lengua y mirada extraviada y extraño traje, que se pasea con el Padre Pérez.—¿Y quién nos manda? ¿á quien confiamos nuestras vidas?—Él, general y almirante, será nuestro soberano en el mar y en el abismo.—

Señores, tomad el pulso aquí á la condición humana, á las leyes constantes de la naturaleza, á que no puede sus- traerse el corazón, y decid si era posible que un puñado de gente del pueblo, aunque ese pueblo descendiera de Viriato y de Pelayo, y tuviera su abolengo en Numancia y en Sargunto, y fueran y se llamaran españoles, y tuvieran, como ellos tenían, el heroísmo por profesión y sus leyes por disciplina; decid si era posible que dieran su nombre á esa bandera y rindieran pleito homenaje al caudillo extranjero!...

Nó: no sucedió en Palos sino lo que precisamente debió suceder. La bandera quedó sola en la plaza pública: aquello

no era un enganche de valientes, ni aún de héroes: era un enganche de locos.

Y el espíritu cristiano, el genio familiar de Colón realizó esa sublime locura. Él, encarnado en el venerando Guardián de la Rábida, encontró el secreto de atraer y convencer y persuadir y entusiasmar, por último, el ánimo grande de aquel grande español, celeberrimo navegante, Martín Alonso Pinzón, cuya participación principalísima en el descubrimiento de las Américas pasará con su gloria á la memoria de todas las edades. Desde entonces todo se facilitó á Colón: la importancia de la casa de los Pinzones, el prestigio de su jefe Martín Alonso, sus relaciones, sus recursos pecuniarios; y, más que todo esto, el prestigio sobrehumano del humilde Religioso, verdadero padre del vecindario de Palos, su mentor y su mejor amigo: la firmeza de su convicción, la lealtad de su palabra, jamás desmentida, la seguridad con que afirmaba que encontrarían aquel mundo nuevo, y que volverían cubiertos de gloria ante los hombres y de méritos ante Dios, cuya gloria ensancharían, acabaron de decidir los ánimos; y hubo carabelas y víveres, jefes, pilotos y marinería. Colón respiraba de esperanza; su genio vencía; pero estrechaba agradecido la diestra del espíritu cristiano que, en días de infortunio y de rudísimas pruebas y de profundo desaliento, lo había animado y sostenido.

IV

¡Pero había de coronarle también! El tiempo que va ya corrido me obliga á ser breve en esta última parte del discurso, y á pasar de Palos á San Salvador, de una plumada, y con vuelo más rápido que el de las carabelas de Colón atravesando las anchurosas ondas del Océano.

En la rada del histórico puerto se mecían las tres naves misteriosas. La capitana había cambiado de nombre: para aquel puesto de honor se necesitaba algo celestial y divino, y la Estrella del mar vino á tomar posesión como reina de aquella flota, que iba á llevar el nombre de María á mundos desconocidos, para que la llamaran bendita multitud de generaciones. Las carabelas estaban empavesadas como para fiesta religiosa: á estribor del castillo de popa de la capitana se alzaba la bandera de la expedición, de raso grana, bordadas en oro en sus dos caras las imágenes de Jesús y de María; del tope del trinquete pendía la bandera de la empresa con una cruz en el centro, y á los lados las iniciales de Fernando é Isabel; en los topes de la mesana y palo mayor, bandera y estandarte de Castilla, con castillos y leones, y en la vela mayor una gran cruz, color grana, tendida de uno á otro extremo de la vela, en la extensión de ocho metros, para cubrir y escudar bajo su sombra toda la misteriosa nao. La tripulación entera, jefes, oficiales y marinería, se había acercado al altar para fortalecerse con el Pan de los ángeles antes de saltar á bordo, y se había despedido de Nuestra Señora de la Rábida antes de dar el último abrazo á sus mujeres y á sus hijos.

Colón entretanto, envuelto en la nube de su esperanza, cambiaba con Dios y con su amigo el Guardián las emociones de su pecho agradecido en el retiro misterioso de la celda del monasterio, y esperaba á que la Providencia, á quien lo fiaba todo, haciendo saltar el viento de Levante, diese la señal de la partida. Una noche, al estremecerse las tinieblas con el reflejo lejano que empezaba á rasgar los pliegues de su negro velo, que flotaba por bajo del horizonte en el Oriente, un lejano susurro, alzado de la enramada selva, anuncia á Colón que con la luz venía, también de Levante, el viento esperado, que era la luz de sus deseos. Corre á la celda de su amigo, y ambos atraviesan los os-

curos claustros, para caer de rodillas ante el Santo de los Santos en la morada del Altísimo. La luz tibia de la lámpara iluminaba el rostro de la Virgen, y se humillaba á sus pies como una esclava, á la vez que su llama ardía consumiéndose en sacrificio de adoración ante Dios sacramentado, como arden los astros gigantescos del espacio, consumiéndose en eterno holocausto ofrecido al Autor de la creación. El religioso sube al altar; Colón, de hinojos y con la frente en el polvo, rinde su alma y su genio ante el Dios tres veces Santo; empieza el sacrificio: todas las armonías matinales en la tierra y todas las notas más dulces de la lira de los ángeles acompañan la voz del sacerdote, y cantan con él el himno sublime del prefacio. Empieza el canon, y al acercarse el momento de la inmólación eterna, Colón cruza sus manos sobre el pecho é inclina su frente: sus ojos se han cerrado; y su genio, su genio inmortal, se ha dormido como un niño en la más secreta de las moradas de la inteligencia. El angel de la Fe se levanta entonces como radiante visión en aquella grande alma, y se posesiona de toda ella, la abraza con sus alas de fuego, y baña con vivísima luz todas sus facultades, y se difunde y se filtra y convierte en fuego y luz todo su sér. Una corriente de adoración y de amor inefable se establece entonces entre el humilde creyente y el Dios, que oculta su majestad tras el velo de los accidentes sacramentales. Al calor de ese amor, el pecho y el alma de Colón se entreabren, la Sacrosanta Hostia oscila en las manos del sacerdote, y Dios y el hombre se unen en un abrazo de eterna é infinita caridad. Con los labios puestos en el pecho mismo de la Divinidad, el espíritu de Colón bebe á raudales los amores eternos, y su inteligencia se abisma en las profundidades de la luz increada, donde flotan los ideales de toda verdad. Termina aquel éxtasis misterioso cuando la Fe pone su mano sobre el genio dormido, y éste despierta transfor-

mado, fortalecido; y respondiendo á una voz secreta, dice resuelto y animoso: «¡Vamos!» Colón, verdadero Cristóforo, se dirige entonces á la orilla: el Padre Pérez le da el último abrazo; un esquife le recoge y le lleva á bordo de la Santa María, que, al recibir sobre su cubierta al Almirante, unde profundamente su quilla en las olas, abrumada bajo el peso de tanta grandeza. La flotilla, con la faena de levar anclas, empieza á mecerse y cabecear: yo diría que temblaba. Del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba se cuenta que, cuando para entrar en acción vestía su armadura, se agitaban con temblor todos sus miembros, y él decía: «Son mis carnes que tiemblan de mi corazón.» Con más razón que el Gran Capitán podemos decir que las carabelas y tripulación temblaban de espanto ante la grandeza de ánimo del Almirante, que, de pie sobre su capitana, parecía decir á su flota, parodiando las palabras de César al pescador de Brindis: «Quid times? Christum vehis.»

Y Cristo, morando sacramentalmente en el pecho de Colón, y encendiendo con su espíritu la llama de su genio, era el verdadero jefe y caudillo de aquella escuadra. En nombre de Nuestro Señor Jesucristo se desplegaron las velas: en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, el Religioso, desde la orilla, bendecía á las carabelas que se alejaban; y Dios y Nuestra Señora de la Rábida traían y llevaban aquella tierna y llorada despedida de séres queridísimos, que no sabían si volverían á encontrarse sobre la tierra. Todo desapareció un momento después: la tierra, de los que dejaban en ella su corazón y su pensamiento; las velas, de los que desde tierra en vano las buscaban sobre el horizonte.

Y allá va en nombre de Dios, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, como encabezaba Colón su diario, lo que podríamos llamar sagrada flota. Puesta la proa á las islas Afortunadas, se dió vista al pico de Tenerife sin más inci-

dentes que los ordinarios en la vida de mar. Se navegaba en aguas conocidas, y la marinería se pascaba en aquellas olas como por su casa. Pero cuando, abastecida de leña y agua, abandona la flota las Canarias, y puesta la caña al O. se empieza á avanzar en el Océano, y se llega al límite más allá del cual no había penetrado vela alguna, las carabelas se ven de improviso detenidas por una inmovilidad absoluta del mar y de la atmósfera; las olas, cuajadas como cristal, oprimen la aprisionada quilla; de vergas y entenas cuelga floja y mustia la triste lona; no silba en las jarcias la más ligera brisa; el mundo parecía dormido ó muerto. No era eso, sin embargo; era que el abismo, y con él la naturaleza, poseídos de estupor, suspendían su aliento ante la audacia de aquellos hombres, que se atrevían á llamar á la puerta de sus infranqueables fronteras. Si César dudó un momento antes de pasar el Rubicón y decidir los destinos de Roma, el abismo se toma un plazo de tres días para abrir ó cerrar el paso á las carabelas de Colón y decidir la suerte del mundo. El hado parecía fatal: al estupor sucedió en el abismo una reacción de odio y de ira. «¡Cómo! (rugía en su enconado pecho) ¿quién pasa mis fronteras? ¿quién intenta penetrar mis insondables secretos? ¿quién profana el santuario de mi soledad, de mi libertad, de mi independencia?» Y ciego de furor se repliega sobre sí mismo, y allá en las inmensidades del Océano levantaba sobre su dorso entumecido inmensa ola, para caer como avalancha infernal que sepultara en sus entrañas al audaz aventurero. ¡Pobre Colón! ¡Pobres carabelas! ¡Infortunada bandera de Castilla! Pero cuando una llamarada del cráter de Tenerife daba la señal de destrucción, el Almirante, de pie en la popa de la capitana, derrama sobre el abismo la mirada imperiosa del genio: los recuerdos y el amor de la patria, los suspiros mal contenidos en los hogares de la villa de Palos, llegando hasta las carabelas, hacen oscilar sus banderas y estandar-

tes; y los leones y los castillos y las cifras de Fernando é Isabel se reflejan sobre las olas. El ángel de la Providencia toma entonces con sus manos la bandera de la expedición, y enseña á un hemisferio la imagen de Jesús, al otro la imagen de su Madre; y, Señores.... ante la mirada del genio se rindió humillado el abismo; ante la bandera de Castilla el Océano se declaró vasallo; ante la imagen de Dios cayó de rodillas la naturaleza.

Ya no hubo obstáculos: las olas se abrían dóciles, acariciando con su espuma las seguras proas; una brisa fresca y alegre henchía las velas, y á popa los peccillos y las ondas que se alzaban para besar amorosas el pie de la estatua de la Virgen, que llevaba en su castillo la Santa María, impelían el majestuoso movimiento de la capitana. La tripulación, sobre cubierta, conmemoraba los misterios de la vida, pasión y muerte del Hijo de Dios en el rezo del Santo Rosario; y por las tardes, de cada carabela se alzaba un cántico sublime, haciendo resonar en la *Salve* el nombre de María sobre mares y bajo cielos que por primera vez lo escuchaban. Por oírle y santificarse con el contacto de la sombra de la Cruz, y de las imágenes de Jesús y María, que en las ondas se retrataban, subían hasta la superficie, desde las profundidades del Océano, algas y caracolillos; bajaban de los hielos del Polo gigantescos cetáceos, y de islas y tierras desconocidas venían en bandadas canoras y pintorescas aves. La América hizo saltar del fondo del mar las Antillas, y las envió delante de sí á dar la bienvenida á Colón; y ella misma, con confianza de hija, se desembozó de los velos de su virginidad, y se dejó ver, en toda su esplendente belleza, del Héroe inmortal, que puso en su seno la bandera de Castilla y el estandarte de la Cruz, y tomó posesión de ella por Dios y por España.

La empresa estaba realizada, y el Héroe coronado; el

espíritu cristiano, que le había formado y sostenido, puso en sus sienes el laurel de la inmortalidad. Podemos, pues, repetir con León XIII y con toda la Iglesia Católica y con el asentimiento de toda razón serena é imparcial: *Columbus noster est. ¡Colón es nuestro!*

Nuestro, porque todo en él, génesis y raíces de su genio, atmósfera en que se amamantó, brazo que le sostuvo, mano que le conduce, todo es de la Cruz. Nuestra es su memoria, y sólo al espíritu cristiano debe reconocerse el privilegio de renovar de centenario en centenario sus laureles. El siglo no comprende á Colón, y no puede celebrarle por el descubrimiento de un mundo, cuando tanto el antiguo como el nuevo están amenazados de inmensa catástrofe. Esas banderas ondeando á los cuatro vientos, y el rugido del cañón, atronando á uno y otro hemisferios, no pueden alejar esa negra tormenta que se cierne sobre nuestras cabezas, y ese cataclismo, de que es nuncio fatídico la trepidación seísmica que sentimos á nuestros pies. Sola la Iglesia Católica celebra las glorias de Colón, no sólo sin temores, sino con celestial esperanza. ¿Sabéis por qué?... Un malogrado genio de nuestros días acertó á fijar la mirada de su inspiración en un cuadro bellissimo, que con frecuencia nos ofrece la naturaleza. De altísima montaña, cubierta de eternas nieves, bajaba un impetuoso torrente; precipitábase el monstruo desgajando las laderas de la sierra, abriendo en ellas profundos barrancos, y haciendo rodar á lo más hondo del valle rocas, arbustos y robles seculares. Un sauce se alzaba colosal en la castigada orilla; ya sus raíces, en su mayor parte descarnadas, flotaban al aire, y el árbol se inclinaba balanceándose sobre el abismo, cuando un pajarrillo, posado en una de sus ramas, y mecido por los sacudimientos de las olas, ajeno á todo temor y todo cuidado, cantaba tiernamente sus amores. —¿Por qué? se pregunta el poeta; ¿por qué, cuando las flores de temor se encogen y plie-

gan sus corolas y los árboles gimen, y las montañas se estremecen, y el ganado se olvida de pacer, y el corderillo azorado se pega á los ijares de su madre, el pajarillo entretanto recuerda sus amores y embriagado de placer los canta?—Porque tiene alas. Por eso, Señores, porque el espíritu cristiano y la Iglesia Católica tienen alas, las alas de la Fe, y de la Esperanza, y ha de vivir siempre sin extinguirse jamás, y ha de levantar su frente victoriosa por encima de todas las tormentas y de todas las catástrofes, por eso puede celebrar, y es la única que celebra, con verdadero regocijo, sin temor ni espanto, el Centenario de Colón.

Y no sólo esto: al asociarse á sus glorias, continúa su obra y la reproduce. La Iglesia ejerce hoy la misión que ejercía en el siglo XV, descubriendo con Colón un mundo. Hoy, como entonces, el mundo está en tinieblas. Encerrado en las estrechas orillas del Mediterráneo de la vida presente, lleva la navecilla del corazón de isla á isla, de golfo á golfo y de playa á playa, en ese estrecho mar de los placeres y de las ilusiones de los sentidos; y más allá de ese estrecho de Gibraltar, de esas fauces oscuras de la muerte, pretende, como aquellos ignorantes, que no hay más que el abismo insondable de la nada, el silencio del eterno vacío. La Iglesia, hoy, como entonces, con el genio de Colón clama á los individuos y á la sociedad: «El Océano de la muerte es vadeable; por encima de sus negras olas va el alma á los mundos de la eternidad: la vida no termina en ese estrecho de la disolución de nuestro cuerpo, sino que empieza precisamente ahí.» ¿Y qué importa, Señores, que ahora, como entonces, los pueblos, los poderes públicos, las corporaciones científicas, escuchen á la Iglesia como escucharon á Colón, y califiquen sus predicciones, como las de aquél, de sueño y de locura? Ahí está el Atlántico, esa inmensa corriente de vida, de progreso, de civilización: el Mediterráneo era la muerte; el Océano tenebroso es ya la

vida del género humano. Con la misma verdad, con más verdad, porque es más segura la mirada de la fe que la mirada del genio, no cesa de gritar la Iglesia: «Esta vida presente es verdadera muerte: más allá de este Mediterráneo, más allá de ese estrecho del sepulcro, en ese Océano tenebroso, ahí está la vida, la plenitud de la vida, la vida de la inmortalidad. ¡Paso, pues, á mis carabelas! ¡Paso á la carabela de la Fe! **¡Paso á la carabela mística de Colón!**»

HE DICHO.









